



Vida artificial

Mayra Luna*

Me he mudado de casa en dos ocasiones ya aún no he encontrado un sitio donde los narcocorridos, los gritos alcoholizados y el sonido de las balas no sean la música de fondo de mi escritura. En este instante, mientras escribo, escucho a mis vecinos tararear un grupo norteño en vivo que toca en su patio. Como experimento, sin duda esta situación debe ser interesante para los antropólogos contemporáneos. Pero más allá del glamour de habitar en una meca del cártel, existe una vida cotidiana que, cada vez con mayor frecuencia (y violencia), se vuelve noticia internacional. Si se requiere del ejército como último recurso —posiblemente fallido— para volver esta zona de guerra un sitio habitable, será preciso abrir esa posibilidad.

Los uniformes camuflados de la milicia remiten a sangrientas imágenes reales y hollywoodenses. La primera asociación que se efectúa al contemplar la presencia del ejército es una imagen de terror, destrucción y muerte; es decir, la realidad habitual de esta ciudad fronteriza. Los soldados en las calles equivalen en nuestro imaginario a una pérdida: ahora nos sentimos bajo un poder militar invasivo, limitante, una fuerza casi maquina que se ha instalado para controlar. Pero al disociar significado y significado de su unión

Dossier



Ciudades Tomadas

* Narradora, ensayista y traductora. Ha publicado en revistas como *Replicante*, *La Tempestad*, *Cuaderno Salmón*, *Tierra Adentro*, entre otras, y en la página electrónica www.mayraluna.blogspot.com. Está incluida en diversas antologías de ensayo y narrativa. Ha publicado *Lo peor de ambos mundos. Relatos anfibios* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2006). Tiene la maestría en Psicoterapia Gestalt. lunadeabril21@gmail.com



Dossier



Ciudades Tomadas

automática, se observa con más objetividad la figura militar en las calles. En efecto, el narcotráfico ha permeado de tal manera las instancias de poder que es ya imposible combatirlo desde dentro. Cuando la inmersión en la red de la narcodelincuencia va de los altos funcionarios federales y estatales hasta la policía municipal, es preciso ir al siguiente nivel. Y, aunque resulte molesto, tal paso implica el uso de una fuerza ajena, que no forme parte (en lo posible) del engranaje autoridad-criminales-sociedad.

La presencia del ejército en Tijuana ha permitido replantear las formas de relación de poder y justicia que disfuncionan en la ciudad. El programa "Nosotros sí vamos", que en su mismo nombre implica una crítica a la policía municipal, colocó en manos de la ciudadanía un poder de denuncia que se había vuelto caduco por su histórica ineffectividad. Y entre las denuncias falsas o malintencionadas de la ciudadanía, se hallan también otras que han llevado a la captura de criminales poderosos y a la identificación de centros de distribución de droga o "picaderos". Esto prueba que un cambio menor en las estructuras de procuración de justicia tiene consecuencias inmediatas en la respuesta ciudadana. Desgraciadamente fue necesaria la presencia del ejército para crear estas condiciones. Y si bien es cierto que, más allá de la milicia, el uso de una fuerza coercitiva externa resultaría más efectiva si incluyese inteligencia y sabiduría, también es claro que esta opción, por el momento, es utópica en la realidad nacional.

¿Lo ideal es combatir la corrupción? ¡Por supuesto! La ciudad ideal es fácilmente descrita, planeada y anhelada por pensadores y ciudadanos de buena voluntad. Unas autoridades honestas

y una fuerza pública que proteja y se halle al servicio de la comunidad son la alternativa a una ciudad sitiada por el ejército. Sin embargo, esa ciudad no se llama Tijuana, ni Ciudad Juárez. La realidad, dolorosa y molesta, políticamente incorrecta, es que los estados y municipios no han podido (léase "querido") contener el tumulto de violencia que presenciamos a diario en los noticieros y en la colonia aledaña. ¿Podrá el ejército? La respuesta será, tal vez, desalentadora, pero cerrarse ante esa posibilidad equivale a aceptar que desaparezca el último dejo de gobernabilidad que aún queda en estas ciudades del norte. Ante la desoladora verdad de unas medidas preventivas necesarias pero utópicas en su aplicación, es preciso implementar —al menos— medidas correctivas.

Es tentador unirse al discurso en contra de las estrategias tomadas por el gobierno federal para pacificar nuestras ciudades. Tal discurso en contra es, incluso, correcto, y argumenta con éxito las razones por las cuales la presencia de la milicia es una violación a las garantías individuales. Sin embargo, cuando es evidente que una sociedad se ha vuelto incapaz de gobernarse a sí misma, existen solamente

dos vías de acción: abandonarle hasta que se destruya, o intervenir para evitar su destrucción. Desde esta perspectiva, comulgo con las posturas que sostienen que la presencia del ejército es un acto invasivo, así como también lo es la prolongación artificial de la vida a un enfermo terminal: el acto más humanitario es permitir que la dolencia lo consuma y descanse al fin. El ejército en nuestra ciudad, a estas alturas de descomposición, es respiración artificial.

¿No hay entonces una esperanza de vida, una posibilidad de salvación?, —pregunta al médico el esposo tribulado, frente al rostro de su moribunda compañera de tantas décadas. Y, como mero acto de franqueza, atendiendo a la veracidad, el médico le anuncia que no la hay. ¿Es este un acto de nihilismo o de crueldad?

Las ciudades que han crecido como metástasis, tienen, por ende, una vida corta. Siempre fue absurdo esperar que una población originada en torno a la enfermedad tuviese un destino de salud. Es ingenuo pensar que el narcotráfico sea una quimioterapia, sin embargo, aniquila casi a diario células cancerosas. Es preciso invadir el cuerpo con medicamento tóxico para eliminar la

enfermedad, aunque en el proceso se aniquilen también algunas defensas. El ejército sería entonces sólo un remedio débil que, de manera leve, auxilia en la destrucción de las células enfermas que aún quedan vivas a pesar de la autoaniquilación del narco. Numerosas muertes, en ambos casos, son necesarias para buscar la salud.

La caída es siempre preferible. Sin embargo, con cerca de tres millones de habitantes en Tijuana, tal vez sea razonable un intento de rescate. El gobierno federal, en su eterna torpeza, ha determinado que tal auxilio provenga únicamente de medidas correctivas. Nosotros, como sociedad, además de estar en desacuerdo con estas decisiones, ¿qué hacemos para evitar el colapso? Mientras lo pensamos sesudamente, otra ráfaga de ametralladora asesina una docena de células malignas. Y un grupo local prepara otro narcocorrido. A la realidad no le interesa si estamos de acuerdo con sus disposiciones.

Dossier



Ciudades Tomadas